

Tercer Domingo de Cuaresma (A) – 08.03.2026

Ex 17,3-7; Rom 5,1-2.5-8; Jn 4,5-42

INTRODUCCIÓN

Venimos a esta celebración tal como somos: quizá agradecidos por nuestra salud y vida, pero quizá también cargando la sensación de que no somos como quisiéramos delante de Dios. Tal vez sentimos que fallamos con nuestra pareja, con nuestros hijos, o en nuestro trabajo y relaciones. Quizá la vida no ha resultado como esperábamos.

Recuerdo la historia de un anciano que plantó un pequeño jardín en su patio trasero. Cada día, regaba cuidadosamente las semillas, quitaba las malas hierbas y cuidaba de cada planta. Al principio parecía que nada crecía, pero con paciencia y constancia, comenzaron a brotar flores y verduras. Con el tiempo, aquel jardín se convirtió en un refugio de vida y alegría, y quienes lo veían se sentían reconfortados. Dios actúa de manera similar con nosotros: aun cuando nos sentimos olvidados, quebrantados o vacíos, Él nos ve y nos invita a beber de

su amor y su misericordia.

Abramos nuestro corazón a su amor, revelado en Jesucristo, quien comparte su vida con nosotros y nos ofrece el agua viva que refresca nuestro corazón y nuestra alma. ¡Que su amor infinito nos acompañe hoy y siempre!

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesucristo, pronuncias palabras que reconfortan y dan vida, como agua viva para el alma cansada. Señor, ten piedad.

Nunca dejas de buscarnos, nos persigues con tu amor incluso cuando nos alejamos. Cristo, ten piedad.

Deseas darnos guía y fuerza para la vida, llevándonos a través de pruebas y tentaciones. Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que nuestro buen y fiel Dios, rico en misericordia y amor, nos perdone todo lo que nos separa de Él.

Él restaura nuestros corazones, sana nuestras heridas y refresca nuestro espíritu con el agua de la vida. Que nos conduzca a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Dios todopoderoso, fuente de toda vida, que refrescas la tierra con tus aguas y nos sostienes con tu Espíritu.

Así como necesitamos agua para vivir, necesitamos tu Espíritu dador de vida cada día, especialmente en los momentos de sed, cansancio y duda. Ayúdanos a encontrar tu Espíritu en gestos sencillos: una palabra amable, personas que nos cuidan, momentos de silencio y oración. Y ayúdanos a compartir esta agua viva con los demás, como Jesús lo hizo. Enséñanos a ser canales de tu amor, alegría y misericordia, para que el mundo sea renovado por tu Espíritu.

Te lo pedimos por nuestro Señor Jesucristo, que vive y reina... Amén.

HOMILÍA: “Agua Que Nunca Se Acaba”

Cualquiera que se pare en una tienda de bebidas frente a los estantes de agua mineral enfrenta un verdadero dilema, confrontado con una gran variedad de tipos de agua. Desde agua con gas hasta agua sin gas, baja en sodio, de mesa, de manantial: todo está disponible para comprar. “No toda el agua es igual.” Al reflexionar sobre el Evangelio de hoy, esta simple observación adquiere un significado más profundo. El evangelista Juan describe el encuentro de una mujer samaritana con Jesús junto al pozo de Jacob en Siquén. Ambos hablan de agua, pero de alguna manera se comunican sin entenderse del todo. “No toda el agua es igual”, parece decir Jesús; no toda sed es igual, no todo alivio es duradero.

Imaginen a un niño pequeño en un desierto, corriendo descalzo bajo un sol abrasador. Cada paso es pesado, cada respiro es caliente. De repente, a lo lejos, el niño ve un destello: un pozo. El alivio inunda su corazón, la esperanza acelera el paso. El niño llega al pozo, forma un

cuenco con sus manos para beber el agua fresca y bebe profundamente. La sed, por el momento, desaparece. Pero después de un tiempo, la sed regresa. La vida es así. Encontramos alivio temporal en muchas cosas: el éxito, las relaciones, las posesiones... pero la sed más profunda de nuestro corazón permanece.

El Evangelio de hoy nos presenta una historia de sed, no una sed física, sino una sed de vida, de sentido, de amor y de Dios. La mujer samaritana llega al pozo a mediodía, probablemente buscando un simple vaso de agua. Solo esperaba un encuentro rutinario. Pero Jesús la sorprende: “Dame de beber”. Una pequeña petición humana, y sin embargo abre la puerta a algo extraordinario.

El agua no es solo agua

Al principio, parecen hablar sin entenderse. Ella habla del agua común, él habla del agua viva. Jesús le dice con suavidad: “Quien beba del agua que yo le dé no volverá a tener sed jamás.” El agua común satisface por un momento, pero el agua que Él ofrece sacia nuestras más

profundas ansias. El Evangelio de Juan nos muestra que el agua en la Escritura nunca es solo agua: simboliza la vida, la renovación y el amor de Dios. El Salmo 42 lo expresa hermosamente: “Como el ciervo brama por las corrientes de agua, así mi alma te anhela a ti, oh Dios.”

Como la mujer, todos tenemos sed. Quizás sed de felicidad, de reconocimiento, de amor. Quizás estamos cansados de la aridez de la vida, de sus promesas rotas, de sus alegrías fugaces. Y sin embargo, el Agua Viva que Jesús ofrece transforma esa sed en plenitud, alegría y propósito.

La mensajera inesperada

Lo que resulta notable en la historia de hoy no es solo el agua, sino la propia mujer. Marginada, juzgada, subvalorada; fácilmente podría haber pasado desapercibida. Y sin embargo, Jesús la elige como su mensajera. Se convierte en una fuente de la que otros pueden beber. Su encuentro la inspira a dejar su cántaro y correr al pueblo, contando a todos: “Venid a ver al hombre

que me ha dicho todo lo que he hecho. ¿Será este el Mesías?”

Esto me recuerda un experimento simple: un joven pide prestado un teléfono a desconocidos. Algunos ayudan de inmediato; otros dudan. ¿La diferencia? Un pequeño sesgo invisible. El experimento muestra cuán a menudo las personas son ignoradas o descartadas. Sin embargo, la mujer samaritana experimentó lo contrario: fue vista, escuchada de verdad y respetada. Su testimonio atrajo a muchos a la fe. Dios a menudo obra de maneras inesperadas a través de personas inesperadas. Quizás, como ella, también estamos llamados a ser fuentes de agua viva en nuestras comunidades.

Otra historia breve: Una joven maestra notó a un estudiante tranquilo, siempre sentado solo, ignorado por sus compañeros. Un día le pidió que leyera en voz alta en clase. Su confianza creció, y comenzó a ayudar a otros estudiantes. Un pequeño acto de reconocimiento se convirtió en un río de vida. Eso es exactamente lo que

Jesús hizo en el pozo: vio a alguien ignorado por otros, habló a su sed más profunda, y ella se convirtió en una fuente para todo su pueblo.

La sed de la verdadera vida

Pasamos la vida buscando la felicidad. Probamos la salud, las relaciones, las carreras, los pasatiempos, incluso las aventuras. Sin embargo, como el niño en el desierto, el alivio temporal nunca dura. Santa Teresa de Ávila nos recuerda: “Solo Dios basta”. San Agustín repite esto: “Nuestros corazones están inquietos hasta que descansan en Dios.”

Jesús nos encuentra en nuestras rutinas ordinarias, en nuestros “pozos diarios”. Viene a nosotros donde estamos, en toda nuestra fragilidad, ofreciendo lo que el mundo no puede dar: agua viva que transforma la sed en vida abundante. El ayuno, la oración y la reflexión durante la Cuaresma son formas de abrirnos a esta agua, de reconocer la sed que a menudo tratamos de ahogar con distracciones.

Mirar debajo de la superficie

Muchas personas preguntan: “¿Cómo estás?” Pero rara vez escuchamos una respuesta honesta. Llevamos máscaras, desempeñamos roles, ocultamos nuestras luchas. Y sin embargo, como la mujer en el pozo, estamos invitados a ir más profundo. Jesús mira debajo de la superficie. Ve nuestro anhelo, escucha nuestras preguntas, entiende nuestros fracasos y ofrece el agua que realmente satisface. Nuestra vida espiritual comienza cuando reconocemos nuestra sed y dejamos que Dios la llene.

Un regalo de anhelo

Cada anhelo en nuestro corazón es un regalo. El niño esperando su cumpleaños, el estudiante deseando aventuras, la persona enferma esperando consuelo: todos son indicios de un deseo más profundo. Dios planta estos anhelos para guiarnos hacia Él. La mujer samaritana reconoció el suyo solo después de encontrarse con Jesús. Su tarea ordinaria de sacar agua se convirtió en un

momento extraordinario que transformó su vida, y la vida de todo su pueblo.

Convertirse en fuente

Jesús no solo sacia su sed; la capacita para convertirse en fuente para otros. Este es el regalo supremo: nuestro encuentro con Dios nunca es solo para nosotros. Fluye hacia afuera. Nuestras familias, amigos, comunidades, incluso desconocidos, pueden beber del agua viva que fluye a través de nosotros cuando abrazamos el amor de Dios.

Una historia para concluir

Hace años leí sobre un pueblo afectado por la sequía. Los pozos se secaron y la esperanza escaseaba. Una mujer, usando una pequeña bomba de mano, comenzó a compartir agua con sus vecinos, racionándola cuidadosamente. Su acto inspiró a otros, y juntos cavaron, compartieron y planificaron. Eventualmente, el agua volvió

al pueblo. La disposición de una sola mujer a compartir hizo florecer el desierto.

Así también, el agua viva de Dios llega a nosotros no solo para saciar nuestra sed, sino para transformarnos en fuentes para otros. La mujer samaritana nos recuerda: los momentos ordinarios, las personas ordinarias, los actos ordinarios de apertura y amor—cuando son tocados por Dios—se convierten en extraordinarios.

Queridas hermanas y hermanos, esta Cuaresma, busquemos el agua viva. Vamos más allá de lo superficial, abracemos nuestra sed y compartamos lo que recibimos. Bebamos del pozo del amor de Dios—y dejemos nuestros cántaros atrás, para que otros también puedan venir a beber. Amén.

INVITACIÓN AL CREDO

Como la mujer samaritana en el pozo, todos hemos experimentado una sed que el mundo no puede saciar. Jesús nos ofrece el agua viva que calma nuestra sed más

profunda y transforma nuestras vidas. Hoy estamos invitados a responderle, reconocer nuestra necesidad de su amor y profesar nuestra fe en Aquel que nos da vida en abundancia.

Abramos nuestros corazones y declaremos juntos nuestra fe en Jesucristo, fuente de agua viva:

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Traigamos nuestros dones al Señor, que nos refresca con agua viva. Que este pan y este vino sean fuente de alimento y fortaleza, no solo para nosotros, sino para todos aquellos con quienes caminamos en la fe. Abramos nuestro corazón con gratitud y humildad, listos para recibir la misericordia y la gracia de Dios.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Dios bueno y amoroso, ponemos sobre tu altar este pan y este vino, frutos de tu creación y símbolos de nuestras vidas. Acércate a nosotros a través de estos signos sencillos y ayúdanos a encontrarnos con los demás con corazones abiertos, listos para perdonar y apoyar.

Fortalécenos con estos dones para seguir el camino que Jesús, tu Hijo y nuestro Hermano, nos mostró: un camino de humildad, servicio y amor.

Danos valor para encontrar tu presencia en los pobres, los solitarios y los corazones quebrantados, y para compartir generosamente tu misericordia y alegría. Te lo pedimos por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

Es justo y necesario, nuestro deber y salvación, darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Tú eres fuente de toda vida y toda bendición. En medio de nuestra sed, nuestros cansancios y nuestra fatiga, nos ofreces agua viva a través de tu Hijo, Jesucristo. Él nos encuentra donde estamos, incluso en la duda y la soledad, y nos llama a la vida nueva. En Él, los marginados son acogidos, los cansados se renuevan, los pecadores son perdonados y los humildes son exaltados. Su misericordia fluye libremente, acercando a todos al reino de esperanza y libertad.

Por Él, tu amor renueva la creación: la tierra seca se convierte en manantial de bendición, el alma árida encuentra alivio, y los corazones que buscan justicia y verdad reciben valor. Él nos enseña a amarnos, a perdonar y a compartir los dones recibidos. En Él, reconocemos la plenitud de tu plan para la humanidad, tu cuidado fiel y la alegría de vivir en comunión contigo.

Por eso, con todos los ángeles y santos, proclamamos la gloria de tu nombre, levantando nuestras voces en su himno sin fin:

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Con plena confianza, nos dirigimos a Dios como “Padre” y rezamos juntos, como nos enseñó Jesús, seguros de que escucha nuestras plegarias y camina con nosotros.

EMBOLISMO

Señor, que este sacrificio que ofrecemos, junto con las oraciones de tu Iglesia, suba hasta Ti. Derrama tu Espíritu Santo sobre nosotros y sobre estos dones, para que se conviertan en el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo, nuestro

Señor Jesucristo.

Fortalécenos con el agua viva de tu gracia, para que saciemos la sed de los cansados, llevemos esperanza a los desolados y seamos testigos de tu amor en nuestros hogares, trabajos y comunidades. Que la alegría que experimentamos en esta mesa se derrame en nuestra vida diaria, y que nuestras acciones conduzcan a otros a encontrarte. Te lo pedimos, mientras esperamos con gozosa esperanza la venida de nuestro Salvador, Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesús, eres fuente de verdadera paz, agua que refresca nuestros corazones y calma nuestros espíritus inquietos. Permite que vivamos en armonía contigo, con los demás y con toda la creación. Donde haya conflicto, sembremos reconciliación; donde haya desesperanza, llevemos esperanza; donde haya incomprensión, extendamos paciencia y comprensión.

Guía nuestro corazón para ser instrumentos de tu paz en un mundo que ansía misericordia, justicia y amor. Enseña

a nuestro espíritu a perdonar, escuchar y cuidar sin esperar nada a cambio, para que nuestra vida refleje tu agua viva y tu amor eterno.

Vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Bienaventurados los invitados a su mesa, donde encontramos perdón, sanación y fortaleza.

Bienaventurados los llamados al banquete del Cordero.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Hemos bebido del agua viva de Cristo. Ahora salgamos como canales de su misericordia y amor. Pequeños gestos—una palabra amable, una escucha atenta, una mano amiga—pueden ser ríos de vida para quienes tienen sed de esperanza. Nuestros corazones se han renovado; seamos instrumentos de esa renovación en nuestras familias, comunidades y el mundo entero.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Dios bueno, eres como un manantial que burbujea para nuestras vidas.

Nos alimentas, nos das fuerza, aclaras nuestra mente e inspiras nuevas ideas.

Renuevas nuestro valor cada día.

Nuestros corazones están inquietos hasta que descansan en Ti. Ve nuestra sed de felicidad y seguridad.

Ten piedad de nuestra pobreza y vacío.

Llénanos de tu cuidado, amor y bendición.

Mantén viva nuestra sed y hambre de tu amor, y fortalécenos para compartirlo libremente con todos.

Te lo pedimos por Jesús, nuestro Hermano y Señor.

Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor, que camina con nosotros por cada desierto de la vida, los fortalezca con valor y esperanza.

Que refresque su espíritu con el agua viva de su amor, dándoles paciencia en las pruebas y alegría en los momentos sencillos.

Que guíe sus pasos mientras comparten su misericordia con el mundo, bendiciendo a su familia, amigos y a todos los que encuentren en su camino.

Y que la bendición de Dios Todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, llene su corazón de paz, su hogar de amor y su vida de propósito renovado. Amén.

DESPEDIDA

Vayan en paz, glorificando al Señor con su vida.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Beban profundamente del agua viva de Dios, y permitan que su vida sea fuente de frescor, esperanza y amor para todos los que encuentren esta semana. No subestimen los pequeños gestos de bondad; son ríos de vida en un mundo sediento.

Lunes de la 3.^a Semana de Cuaresma – 09.03.2026

2 Re 5,1-15; Lc 4,24-30 **INTRODUCCIÓN**

Un sacerdote contaba que, durante su ministerio, se sintió confrontado por la sinceridad de un feligrés que le señaló una forma en que podía mejorar su predicación. Al principio, se sintió incómodo y a la defensiva, pero con el tiempo comprendió que esa verdad, expresada con respeto y amor, no debilitaba su autoridad; al contrario, fortalecía la confianza y le ayudaba a crecer. La verdad, cuando se dice con amor, puede incomodarnos antes de sanarnos.

Las lecturas de hoy nos muestran esa misma verdad que incomoda. Naamán, un comandante extranjero, es sanado por Dios cuando escucha con humildad. Jesús, en la sinagoga de su ciudad natal, recuerda a su pueblo que el amor salvador de Dios no puede ser visto como un privilegio ni limitarse a quienes se creen merecedores. La misericordia de Dios atraviesa fronteras, desafía nuestras ideas y no se queda en lo que nos resulta familiar o seguro.

Al comenzar esta Eucaristía, estamos invitados a mirar con sinceridad nuestro propio corazón. ¿Estamos abiertos a un Dios que nos sorprende, que ama más allá de nuestras expectativas y comodidades? ¿Estamos dispuestos a escuchar una verdad que puede perturbarnos, pero que al final nos libera?

Pongámonos ante el Señor, pidiendo la gracia de acoger su misericordia y dejar que nos transforme.

ACTO PENITENCIAL

Hermanos y hermanas,
el Señor viene a ensanchar nuestro corazón y a sanar aquello que resistimos. Reconozcamos nuestros pecados y pidamos su misericordia.

Señor Jesús, hablas una verdad que nos llama a la conversión. **Señor, ten piedad.**

Cristo Jesús, revelas un Dios cuya misericordia no tiene límites. **Cristo, ten piedad.**

Señor Jesús, nos invitas a amar tan generosamente como tú amas. **Señor, ten piedad.**

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Dios todopoderoso,
rico en misericordia y paciente en amor,
perdónanos cuando cerramos nuestro corazón a su
verdad, sánanos cuando el miedo endurece nuestro
espíritu, y guíanos hacia la libertad de su gracia
perdonadora, por Cristo nuestro Señor. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Dios de misericordia sin límites,
limpiaste a Naamán, el extranjero,
y hablaste tu verdad salvadora a través de tu Hijo,
aunque fuera rechazada.
Libéranos de corazones estrechos y fe temerosa,
y enséñanos a alegrarnos en un amor
que alcanza a todos los pueblos y lugares.
Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo,
Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA – Lunes de la 3.ª Semana de Cuaresma

Hace algunos años, un voluntario que trabajaba en un centro de personas desplazadas compartió esta experiencia: al principio, muchos de los recién llegados desconfiaban de su ayuda. Una vez, cuando ofreció una comida caliente a un hombre que llegaba por primera vez, este se negó, receloso y distante. Pero con gestos pequeños y constantes de cuidado y atención, poco a poco se abrió, y surgió una amistad. La paciencia y la bondad hicieron posible que la verdad de su corazón se mostrara y se sanara.

El Evangelio de hoy nos muestra a Jesús hablando la verdad de manera audaz y desafiante. Cuando visitó la sinagoga de Nazaret, la gente esperaba palabras cómodas, tal vez historias de milagros conocidos o promesas de que Dios favorecía únicamente a su pueblo. Pero Jesús habló de los profetas Elías y Eliseo, que ayudaron a extranjeros: la viuda en Sidón y Naamán, el comandante sirio. Dios no es exclusivo de un pueblo; su

misericordia se extiende más allá de fronteras, más allá de la nacionalidad, incluso hacia aquellos considerados enemigos.

La reacción de la gente fue de enojo. Sus expectativas se rompieron. No querían aceptar que Dios pudiera cuidar a los extranjeros tanto como a ellos. Sin embargo, Jesús siguió adelante, ofreciendo una visión de un amor generoso, indiscriminado y expansivo. Hoy nos desafía de la misma manera: a reflexionar sobre nuestra propia imagen de Dios. ¿Limitamos su amor a quienes nos agradan o comparten nuestras ideas, o aceptamos la visión de Jesús de un Dios cuya misericordia alcanza todos los rincones de la humanidad?

Aceptar las palabras de Jesús no siempre es cómodo. Pueden confrontar nuestros prejuicios, nuestro pensamiento estrecho o incluso nuestra ira. Pero el Evangelio nos invita a ir más allá de nuestras primeras reacciones, a descubrir la bondad en lo que al principio rechazamos y a dejar que la visión de Dios transforme nuestra vida. Como los profetas fueron instrumentos de su

amor para los olvidados, nosotros también estamos llamados a mostrar misericordia y bondad sin límites, revelando el cuidado de Dios a quienes se sienten olvidados o rechazados.

Que hoy abramos nuestros corazones a la verdad de Jesús, y que nuestras vidas sean signos del amor inclusivo y misericordioso de Dios.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oremos, hermanos y hermanas, para que nuestra ofrenda nos ayude a superar nuestros límites y a confiar de nuevo en la generosa misericordia de Dios, para el bien de su pueblo y la gloria de su nombre.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios, acepta estos dones que te presentamos, y purifica nuestras intenciones con ellos.

Que esta ofrenda nos libre del orgullo, del prejuicio y del miedo, y nos haga instrumentos de tu misericordia para todos aquellos a quienes amas.

Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

Es verdaderamente justo y necesario, nuestro deber y salvación, darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno. Porque no eres el Dios de un solo pueblo, sino el Padre de todos, y tu misericordia llega más allá de cualquier frontera que construimos. Por los profetas revelaste tu poder salvador, y en tu Hijo proclamaste una Verdad que incomoda a los cómodos y sana a los humildes de corazón. Cuando tu Hijo fue rechazado por quienes pensaban conocerlo, no retiró su amor, sino que continuó su misión de misericordia, ofreciendo sanación al extranjero, esperanza al olvidado, y vida a todos los que se atreven a confiar. Por eso, con ángeles y arcángeles, y con todos los santos que se alegran en tu amor salvador, proclamamos tu gloria, y sin cesar aclamamos: **Santo, Santo, Santo...**

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

A mandato del Salvador, confiando en un Padre cuyo amor alcanza a todos sus hijos, y atreviéndonos a creer en una misericordia mayor que nuestros miedos, digamos:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todo mal, especialmente del miedo que cierra nuestro corazón y del orgullo que limita tu gracia. Concede la paz en nuestros días, para que, ayudados por el amor de tu misericordia, podamos acoger tu Verdad y vivir como instrumentos de tu compasión. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, pasaste por el rechazo sin odio y hablaste la verdad sin violencia. No mires nuestros temores y divisiones, sino la fe de tu Iglesia, y concédele pacificación y unidad según tu voluntad. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

He aquí el Cordero de Dios,
que quita el pecado del mundo,
que viene no solo por unos pocos, sino por todos los que
tienen hambre de misericordia.

Bienaventurados los llamados a la mesa del Cordero.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

El mismo Cristo que desafió corazones en Nazaret
ahora descansa dentro de nosotros. Su verdad puede aún
inquietarnos, pero su misericordia sana más
profundamente de lo que hiere.

Permanecemos en silencio con la gracia recibida,
pidiendo corazones suficientemente amplios para amar
como él ama.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor nuestro Dios,
nos has alimentado con el pan del cielo.
Fortalécenos para vivir lo que hemos recibido,
para que tu misericordia sea visible

en nuestras palabras, decisiones y en nuestra acogida de
los demás. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que Dios les bendiga con corazones abiertos a su verdad,
incluso cuando nos desafíe.

Que Cristo les fortalezca para amar más allá de fronteras y
expectativas. Que el Espíritu Santo les guíe
a ser signos de misericordia en un mundo dividido.

Y que Dios todopoderoso los bendiga,
el Padre, y el Hijo, ✠ y el Espíritu Santo. Amén.

DESPEDIDA

Vayan en paz, glorificando al Señor con una vida de
generosa misericordia.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

La misericordia de Dios no se reduce al compartirse—
se revela.

Martes de la 3ª Semana de Cuaresma – 10.03.2026

Daniel 3,25.34–43; Mateo 18,21–35

INTRODUCCIÓN

Hace algunos años, el mundo quedó conmovido por la tragedia en Christchurch. Frente a una violencia y pérdida indescriptibles, un hombre que había perdido a su esposa pronunció palabras que sorprendieron a muchos: “No guardo rencor.” Su respuesta no negaba el dolor ni el sufrimiento, pero mostraba una fuerza mayor que la ira: una misericordia que se negaba a permitir que el odio tuviera la última palabra. En ese momento, vimos cómo el perdón puede convertirse en fuente de sanación, incluso en las circunstancias más oscuras.

Las lecturas de hoy nos invitan a mirar honestamente nuestro propio corazón. Como el siervo en el Evangelio, a menudo recibimos misericordia más generosamente de lo que estamos dispuestos a darla. Dios nos encuentra una y otra vez con compasión, cancelando deudas que nunca podríamos pagar, y nos da pacientemente el tiempo para empezar de nuevo. Sin embargo, luchamos por extender

esa misma paciencia y misericordia a los demás.

Al reunirnos en esta Eucaristía, especialmente durante esta temporada de Cuaresma, no venimos como perfectos, sino como quienes necesitamos perdón. Permitamos que la misericordia de Dios nos toque profundamente, suavice nuestros corazones y nos enseñe a perdonar sin medir el costo, para que nuestras vidas reflejen verdaderamente la misericordia que recibimos en este altar.

ACTO PENITENCIAL

Hermanos y hermanas, confiando no en nuestra justicia sino en la misericordia de Dios, reconozcamos nuestros pecados y preparemos nuestros corazones para celebrar estos sagrados misterios.

Señor Jesús, nunca te cansas de perdonarnos.

Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, nos enseñas a perdonar sin medida.

Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, nos restauras cuando volvemos a ti con humildad. **Señor, ten piedad.**

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso, rico en misericordia y lento para la ira, nos mire con compasión, nos perdone nuestros pecados, sane lo que está herido en nosotros y nos conduzca a la vida eterna. **Amén.**

ORACIÓN COLECTA

Dios de infinita compasión,
no vuelves la espalda al pecador que busca tu
misericordia.

Concédenos la gracia de comprender cuán profundamente
somos perdonados,
para que nuestros corazones se liberen del resentimiento
y se vuelvan generosos en amor y paciencia hacia los
demás.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo,
Dios, por los siglos de los siglos. **Amén.**

HOMILÍA: La Medida de la Misericordia

Quiero comenzar con una historia distinta a la de la introducción. Hace algunos años, un joven compartió cómo, durante su adolescencia, había traicionado profundamente la confianza de un amigo. Cuando finalmente decidió acercarse a él para pedir perdón, su amigo lo recibió con amabilidad, sin rencor ni reproche. Ese acto de misericordia transformó al joven: no solo restauró la relación, sino que abrió su corazón a Dios de una manera nueva.

Las lecturas de hoy nos llaman a reflexionar sobre la misma misericordia. En el Evangelio, Jesús nos habla del siervo que debía a su rey una deuda enorme: diez mil talentos, una suma imposible de pagar. El rey, movido por la compasión, cancela totalmente la deuda. Imaginemos el alivio, la libertad, la gratitud abrumadora que debió sentir el siervo. Sin embargo, poco después, se encuentra con un compañero que le debía una cantidad mucho menor. A

pesar de la generosidad que él mismo había recibido, se niega a perdonar y lo hace encarcelar.

¿Por qué actuó así? Quizá no comprendió plenamente la profundidad de lo que había recibido, o permitió que la ira y el orgullo dominaran su corazón. La advertencia de Jesús es clara: Dios toma en serio nuestras acciones. Nuestra disposición —o falta de ella— para perdonar revela si realmente entendemos y aceptamos el amor y la misericordia de Dios.

Perdonar no es fácil. Pedro preguntó a Jesús: “Señor, ¿cuántas veces debo perdonar a mi hermano? ¿Hasta siete veces?” Jesús lo sorprendió con su respuesta: “No hasta siete, sino hasta setenta veces siete.” No hay límite para el perdón, porque la misericordia de Dios no conoce fronteras. Estamos llamados a reflejar esa generosidad, no como un gesto simbólico, sino como un estilo de vida.

El Evangelio también nos recuerda el don del tiempo. Cuando el primer siervo pidió tiempo para saldar su deuda, el rey se lo concedió libremente. El tiempo puede

simbolizar paciencia, comprensión y la oportunidad de enmendarse. De la misma manera, dar tiempo a alguien —contener el juicio— puede ser un acto profundo de misericordia. A menudo, el mayor regalo que podemos dar a otra persona es el regalo del tiempo, así como Dios nos da tiempo para regresar a Él y crecer en su gracia.

Durante esta Cuaresma, preguntémonos: ¿cuán generoso es nuestro corazón? ¿Extendemos la misericordia tan libremente como nos ha sido dada? ¿Perdonamos no solo siete veces, ni setenta veces siete, sino tantas veces como sea necesario? El llamado de Jesús es exigente, pero nos invita a ser como Dios en amor y misericordia.

Que esta Cuaresma aprendamos a perdonar sin contar el costo, a ofrecer misericordia libremente y a dar tiempo a quienes lo necesitan, para que nuestros corazones reflejen el amor ilimitado de nuestro Padre celestial.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas,
para que nuestra ofrenda, nacida de corazones
arrepentidos, sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Dios misericordioso,
recibe estos dones que te presentamos,
como una vez recibiste la humilde oración de tus siervos
en el horno. No mires nuestras faltas,
sino la misericordia que ya nos has mostrado.
Purifica nuestras intenciones, suaviza nuestros corazones,
y enséñanos, a través de este sacrificio,
a perdonar tan libremente como hemos sido perdonados.
Por Cristo nuestro Señor. **Amén.**

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, nuestro deber y salvación,
darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo,
Dios todopoderoso y eterno.
Porque eres rico en misericordia y paciente en amor.

Una y otra vez perdonas nuestras deudas
y nos invitas a comenzar de nuevo.

En tu Hijo nos has revelado una misericordia sin límites,
llamándonos no solo a recibir perdón,
sino a ser instrumentos de ese perdón en el mundo.
En esta temporada de Cuaresma,
nos das tiempo—
tiempo para arrepentirnos, tiempo para sanar,
tiempo para aprender el camino de la compasión y la paz.
Al perdonarnos, nos enseñas a perdonar;
al mostrarnos misericordia, moldeas nuestros corazones
para ser misericordiosos.
Y así, con ángeles y santos,
y con todos los que han aprendido el poder de la
misericordia, proclamamos tu gloria, cantando:

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

A instancias del Salvador y formados por la enseñanza
divina, recemos con confianza al Padre que nos perdona
nuestras deudas y nos enseña a perdonar a los demás:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, te pedimos, de todo mal,
especialmente de corazones endurecidos y espíritus que
no perdonan.

Concédenos la paz en nuestros días,
para que, con la ayuda de tu misericordia,
siempre estemos libres del pecado y seguros de todo
peligro, mientras aguardamos la bienaventurada
Esperanza y la venida de nuestro Salvador, Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,
miraste nuestra pobreza y cancelaste nuestra deuda.
No mires nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia,
y concédele paz y unidad conforme a tu voluntad.
Que vive y reina por los siglos de los siglos. **Amén.**

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

He aquí el Cordero de Dios,
que quita el pecado del mundo.
Bienaventurados los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Al recibir el Cuerpo de Cristo, recibimos la misericordia
hecha carne.

Al volver a nuestros lugares, pidamos la gracia de que lo
que hemos recibido con los labios
germine en nuestro corazón—una misericordia que sana,
perdona y da a otros el regalo del tiempo.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Dios de compasión,
nos has alimentado con el Pan de la misericordia
y fortalecido con el Cáliz del perdón.
Que este sacramento nos libre del resentimiento y del
miedo, y nos haga signos vivos de tu misericordia en el
mundo, para que otros, por medio nuestro, lleguen a
conocer tu amor sanador.
Por Cristo nuestro Señor. **Amén.**

BENDICIÓN SOLEMNE

Que Dios, cuya misericordia ha cancelado tu deuda, te bendiga con un corazón generoso en perdón. **Amén.**

Que Cristo, que nos enseña a perdonar sin contar el costo, te fortalezca en paciencia y amor. **Amén.**

Que el Espíritu Santo ablande todo lugar endurecido en ti, y te haga instrumento de paz y reconciliación. **Amén.**

Y que Dios todopoderoso te bendiga, el Padre, y el Hijo, ✠ y el Espíritu Santo. **Amén.**

DESPEDIDA

Vayan en paz, perdonando como han sido perdonados.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

La misericordia recibida pero no compartida queda incompleta.

Esta Cuaresma, perdona—no contando cuántas veces, sino recordando cuán profundamente eres amado.

Miércoles de la 3.^a Semana de Cuaresma – 11 de marzo de 2026 - *Deuteronomio 4,1.5–9; Mateo 5,17–19*

INTRODUCCIÓN

Un día, un maestro llevó a sus alumnos al jardín y les pidió que plantaran un pequeño huerto. Algunos siguieron cuidadosamente las instrucciones: cómo sembrar, cuándo regar y cómo cuidar cada planta. Otros pensaron que podían improvisar, y comenzaron a plantar sin orden ni cuidado, confiando solo en su creatividad. Al principio, el huerto improvisado parecía más rápido y vistoso. Pero con el tiempo, muchas plantas no crecieron bien y algunas se marchitaron. Los alumnos comprendieron una lección importante: las instrucciones no estaban para limitar su creatividad, sino para dar fuerza y estabilidad a lo que construían.

La vida funciona de manera muy parecida. A veces vemos los mandamientos de Dios como reglas que nos frenan o nos hacen la vida más difícil. Sin embargo, las lecturas de hoy nos recuerdan que la Ley de Dios es un fundamento que nos ayuda a construir vidas que resistan las pruebas

del tiempo. Por medio de Moisés, Dios enseñó a su pueblo un camino de vida, sabiduría y fidelidad. En Jesús, ese camino no se quita, sino que se lleva a su plenitud a través del amor.

Mientras continuamos nuestro camino cuaresmal, nos reunimos para escuchar nuevamente la Palabra de Dios, antigua pero siempre nueva. En esta Eucaristía, pedimos la gracia de confiar en el fundamento que Dios nos da, de respetar lo que es bueno y da vida en nuestra tradición, y de permitir que Cristo transforme nuestras vidas, no por miedo, sino por un amor que conduce a la vida eterna.

ACTO PENITENCIAL

Hermanos y hermanas, la Palabra de Dios nos muestra el camino hacia la vida, pero a menudo elegimos atajos más fáciles. Reconozcamos nuestros pecados y pidamos al Señor que nos renueve en el amor.

Señor Jesucristo, tú das tu misericordia y gracia.

Señor, ten piedad.

Los ángeles y santos te alaban, y nosotros levantamos nuestros corazones hacia ti. **Cristo, ten piedad.**

Tú nos muestras el camino hacia el Padre.

Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que el Dios de la misericordia,
que nos dio su Ley como un regalo
y la cumplió en amor por medio de Jesucristo,
nos perdone nuestros pecados,
nos fortalezca para vivir fielmente su Palabra
y nos conduzca a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Dios misericordioso,
renueva nuestro espíritu en esta celebración de los
cuarenta días santos,
para que estemos abiertos a tu Palabra,
dispuestos a obedecer y practicar la mortificación,
unidos en la oración,
y ansiosos por hacer obras de amor.
Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo,
Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA: Cumplir la Ley a través del amor

Un anciano jardinero contaba que heredó un huerto que había quedado abandonado durante años. Al principio, parecía imposible devolverle vida. Podía haber arrancado todo y comenzar de cero, pero decidió trabajar con lo que estaba allí: podó lo enfermo, cuidó lo saludable y, poco a poco, el huerto floreció más que nunca.

Hoy las lecturas nos invitan a reflexionar sobre ese fundamento: la Ley, los mandamientos y las enseñanzas que Dios nos ha dado. A primera vista, las leyes pueden parecer restricciones. Nos dicen lo que debemos o no debemos hacer. Pero sin ellas, la vida sería caótica. Moisés recuerda a los israelitas que obedecer la Ley de Dios es el camino hacia la vida. La Ley no es solo un listado de prohibiciones; es una guía para vivir juntos, creando una comunidad basada en la justicia, la sabiduría y el amor. Moisés celebra la Ley como un tesoro que debe transmitirse de generación en generación, una fuente de vida y comprensión para todos los que la siguen.

Jesús también honró esta tradición. En el Evangelio, declara: “No he venido a abolir la Ley ni los Profetas, sino a darles cumplimiento.” Toma lo que es bueno en la tradición judía y lo lleva a plenitud, no ignorándolo ni descartándolo, sino mostrando su sentido más profundo. La Ley apunta hacia la justicia y la obediencia, y Jesús nos enseña que su cumplimiento más profundo es el amor: amar a Dios y al prójimo. Su Sermón del Monte traduce los mandamientos a la vida cotidiana, promoviendo la misericordia, la compasión y la atención a los necesitados.

Esto nos enseña algo importante sobre nuestras vidas y sobre la Iglesia. Así como Jesús reconoció lo bueno en la Ley, nosotros estamos llamados a ver lo bueno en nuestras tradiciones religiosas, incluso cuando parecen imperfectas. Él no empieza de cero; construye sobre lo que ya existe. De manera similar, la Iglesia es un cuerpo vivo, una comunidad formada por siglos de fe, a veces imperfecta, siempre necesitada de renovación. Pero Dios actúa a través de nosotros, para fortalecer lo bueno y

llevarlo a plenitud, guiándonos por el camino de amor que da vida.

Estamos invitados a vivir como Jesús: respetando la tradición, abrazando lo bueno y esforzándonos por completarlo en nuestra vida diaria. Los mandamientos, la Ley, las enseñanzas: no son cadenas que nos atan, sino escalones que conducen a la vida. Y el escalón más importante es el amor: ver a Dios en los demás, actuar con compasión y enseñar con el ejemplo.

Que, como el jardinero diligente, sigamos el fundamento que se nos ha dado, respetando lo bueno y llevándolo a su plenitud con amor, misericordia y acción fiel.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Hermanos, la Ley de Dios nos enseña a ofrecer nuestra vida, y Cristo nos muestra cómo ofrecerla en amor. Presentemos ahora nuestros dones y con ellos nuestro deseo de vivir fielmente su Palabra.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Dios de sabiduría y amor, recibe estos dones,
fruto de nuestro trabajo y anhelo de corazón.
Como el pan y el vino se transforman por tu Espíritu,
transfórmalos también, para que tu Palabra se haga carne
en nuestra vida,
en obediencia, compasión y misericordia.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

Es justo y necesario, nuestro deber y salvación,
siempre y en todo lugar darte gracias,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Tú diste a tu pueblo la Ley
como camino de vida y sabiduría,
y en su plenitud enviaste a tu Hijo, no para abolirla,
sino para llevarla a su perfección mediante el amor.

En Él, tus mandamientos se convierten en palabras que dan vida, llamándonos a la justicia, la misericordia y la fidelidad.

Mientras caminamos en esta santa Cuaresma, renuevas nuestro corazón, nos enseñas a construir nuestras vidas sobre lo que perdura, y nos conduces del miedo a la libertad, de la obediencia al amor.

Y por eso, con los ángeles y arcángeles, con los tronos y dominaciones, y con todos los coros celestiales, cantamos sin cesar el himno de tu gloria: Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Formados por la Palabra de Dios y enseñados por Cristo que la cumplió en amor, recemos confiados al Padre la oración que nuestro Salvador nos enseñó.

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todo mal, especialmente de corazones que resisten tu Palabra. Concédenos la paz en nuestros días, para que, guiados por tus mandamientos y fortalecidos por tu misericordia, caminemos siempre en la libertad de tu amor, esperando la bienaventurada esperanza y la venida de nuestro Salvador, Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, tú no quitaste la Ley, sino que la transformaste en camino de paz y vida. No mires nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia, y concédele paz y unidad según tu voluntad. Que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Éste es el Cordero de Dios,
que cumple la Ley en el amor
y quita el pecado del mundo.

Dichosos los llamados
a la mesa del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

En este sagrado banquete,
la Palabra de Dios no solo se ha escuchado,
sino que se ha recibido.
Cristo, la Ley viva del amor,
habita ahora en nosotros.
Que lo que hemos acogido en este altar
se convierta en fundamento de nuestra vida diaria.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Dios fiel,
nos has alimentado
con el Pan de vida y la Palabra que permanece para
siempre.

Fortalécenos para vivir lo que hemos recibido,
para que tus mandamientos, cumplidos en amor,
sean visibles en nuestras decisiones y acciones.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Dios de sabiduría que te dio su Palabra como guía,
te bendiga. Amén.

Que Jesucristo, que cumplió la Ley en el amor, camine
contigo. Amén.

Que el Espíritu Santo escriba la Palabra de Dios en tu
corazón y te dé fuerza para vivirla con fidelidad. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso,
el Padre, y el Hijo, ✠ y el Espíritu Santo, descienda sobre
ti y permanezca para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Vayan en paz,
a amar y servir al Señor
viviendo su Palabra.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Los mandamientos de Dios no son cadenas que nos atan,
sino cimientos que nos mantienen firmes.
Vividos en el amor,
se convierten en caminos de vida—
para nosotros y para el mundo.

**Jueves de la 3.^a Semana de Cuaresma – 12 de marzo
de 2026 - Jeremías 7,23–28; Lucas 11,14–23**

INTRODUCCIÓN

“Ya nada tiene sentido.”

Estas palabras suelen surgir en momentos de confusión, cansancio o desánimo silencioso. Aparecen cuando nos sentimos incomprendidos, ignorados o atrapados en situaciones que parecen no tener salida. Podemos seguir con nuestra vida y nuestra fe, pero algo dentro se siente cerrado, mudo o dividido. Las Escrituras de hoy hablan directamente a esta experiencia.

Por medio del profeta Jeremías, escuchamos la tristeza de Dios ante un pueblo que ya no escucha. Dios no está ausente ni es impotente; más bien, los corazones se han cerrado, las voces se han silenciado por la obstinación y el miedo. En el Evangelio, Jesús se encuentra con un hombre que no puede hablar, atrapado por una fuerza que no controla. Cuando Jesús lo libera, recupera el habla, y sin embargo, algunos se niegan a reconocer la acción de

Dios. Incluso frente a la sanación, la resistencia y la división permanecen.

Al reunirnos en esta Eucaristía, estamos invitados a examinar nuestra propia escucha. ¿Dónde hemos dejado de oír la voz de Dios? ¿Dónde el miedo, la costumbre o la indecisión han silenciado nuestra respuesta? La Cuaresma nos llama no solo a reflexionar, sino a decidir. Jesús nos recuerda que la neutralidad no es una opción: estar con él significa permitir que su amor más fuerte entre en nuestra vida, nos libere y nos haga partícipes de su Reino.

Presentemos ante el Señor nuestra confusión, nuestro silencio y nuestros corazones divididos. En esta celebración, aprendamos de nuevo a escuchar, a hablar con valentía y a elegir claramente la vida y la libertad que Dios nos ofrece en Cristo.

ACTO PENITENCIAL

Dios nos llama a escuchar su voz y a caminar por sus caminos, pero muchas veces cerramos los oídos y endurecemos el corazón.

Reconozcamos nuestros pecados y pidamos su misericordia.

Señor Jesús, tú liberas a las personas de sus demonios.

Señor, ten piedad.

Tú das voz a quienes no pueden hablar.

Cristo, ten piedad.

Con tu venida, ha comenzado el Reino de Dios.

Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que el Dios misericordioso,
que habla palabras de vida a su pueblo
y rompe el poder de todo lo que nos ata,
nos perdone nuestros pecados, abra nuestro corazón a su
voz y nos conduzca a la libertad de su Reino. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Dios todopoderoso, ayúdanos a seguir el llamado de tu Gracia y a prepararnos con mayor devoción para la celebración de los misterios de la Pascua mientras se acerca la fiesta de nuestra salvación. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo, Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA: Escuchar, Hablar y Confiar en el Poder de Dios

En un pequeño pueblo, cierta vez, un anciano agricultor vivía preocupado. Cada temporada sus cultivos sufrían pérdidas inesperadas, y nadie sabía la causa. Él decidió confiar en Dios y escuchar con atención. Cada día oraba en su campo y observaba la tierra con cuidado. Poco a poco, comenzó a notar pequeños signos: la dirección del viento, el comportamiento de los animales, el agua que fluía mejor. Tomando decisiones guiadas por esa atención y confianza en Dios, sus cosechas empezaron a prosperar. La paciencia y la fe del anciano se convirtieron

en bendición para todo el pueblo.

Esta historia refleja lo que hoy escuchamos en las lecturas. En el Evangelio, Jesús libera a un hombre que no puede hablar, un signo de que la libertad y la vida plena vienen del Reino de Dios. A veces, nuestras dificultades no son físicas, sino miedos, hábitos o actitudes que nos paralizan. Como el anciano, debemos aprender a escuchar atentamente, reconocer la acción de Dios y tomar decisiones valientes.

El profeta Jeremías nos recuerda que la desobediencia endurece el corazón. Jesús nos dice con claridad: “El que no está conmigo, está contra mí” (Lc 11,23). La fe requiere decisión: elegir con libertad y permitir que el poder de Dios actúe, más fuerte que cualquier miedo o mal. San Pablo nos enseña que “donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia”.

Hoy estamos llamados a ver la acción de Dios en nuestra vida, en los demás y en el mundo. Cuando escuchamos y respondemos con valentía, nuestra vida se convierte en signo del Reino. Como el anciano que confió y prosperó,

cuando dejamos que Dios guíe nuestro corazón, nuestra palabra y nuestras decisiones, la libertad y la bendición fluyen para nosotros y para quienes nos rodean.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Hermanos y hermanas,
Dios nos pide no solo nuestros dones,
sino corazones que escuchan y vidas que lo eligen.
Ofrezcamos ahora lo que tenemos
y pidamos la gracia de pertenecer plenamente a su Reino.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios, recibe estas ofrendas
como signo de nuestro deseo de caminar por tus caminos.
Libéranos de todo lo que divide nuestro corazón
y fortalece este sacrificio para que, con Cristo,
el más fuerte que vence el mal, participemos en la victoria
de tu amor.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

Es verdaderamente justo y necesario, nuestro deber y salvación, darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.
Porque nunca dejas de llamar a tu pueblo a escuchar tu voz y seguir tus caminos.
Cuando los corazones se endurecen y la fe se debilita, no nos abandonas, sino que envías a tu Hijo para romper el poder del mal y mostrar la cercanía de tu Reino.
En Él, el silencio se convierte en alabanza, el miedo en valor, y la división en la libertad de pertenecer a Ti.
Durante esta Cuaresma, nos invitas a elegir con decisión el poder más fuerte de tu amor.
Y por eso, con los Ángeles y Arcángeles, con Tronos y Dominaciones, y con todos los coros celestiales, cantamos sin cesar el himno de tu gloria:
Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Llamados a escuchar la voz de Dios y elegir su Reino,
recemos con confianza al Padre,
usando las palabras que nuestro Salvador nos enseñó.

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todo mal,
especialmente del miedo, la división y la indecisión.
Concédenos la paz en nuestros días, para que, por el
poder de tu gracia,
podamos permanecer firmes con Cristo, libres de todo lo
que nos ata,
mientras aguardamos la bienaventurada esperanza
y la venida de nuestro Salvador, Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, tú eres el más fuerte que vence el mal
y reúne lo disperso.
No mires nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia,
y concédele la paz y unidad conforme a tu voluntad.
Que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

He aquí el Cordero de Dios,
que expulsa todo lo que nos esclaviza
y trae el Reino de Dios entre nosotros.

Dichosos los llamados a la mesa del Cordero.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Liberados y alimentados por Cristo,
ya no somos espectadores silenciosos de la obra de Dios.
Su Reino nos ha tocado.

Que salgamos de este lugar escuchando con más
atención, hablando con más valentía y eligiendo con
mayor fidelidad pertenecer a Él.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor nuestro Dios, nos has alimentado con el Pan de
vida y nos has fortalecido con tu presencia.
Que este sacramento nos libere de todo lo que nos ata
y nos haga atentos a tu voz,
para vivir como signos de tu Reino en el mundo.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que Dios Padre,
que te llama a escuchar su voz, te bendiga. Amén.
Que Jesucristo,
que libera y restaura, camine contigo. Amén.
Que el Espíritu Santo,
que da valor y claridad,
te fortalezca para elegir cada día el Reino de Dios. Amén.
Y que la bendición de Dios todopoderoso,
el Padre, y el Hijo, ✠ y el Espíritu Santo,
descienda sobre ti y permanezca para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Vayan en paz, glorificando al Señor con su vida.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Dios aún habla.
La libertad comienza cuando escuchamos—
y elegimos estar con Cristo.

Viernes de la 3.^a semana de Cuaresma – 13.03.2026

Oseas 14,2-10; Marcos 12,28-34

INTRODUCCIÓN

Hay una historia de un viajero que salió temprano una mañana, seguro de conocer el camino. Confiando en su memoria, ignoró los letreros a lo largo del trayecto. Tras varias horas de caminar, el paisaje se volvió extraño y el camino cada vez más difícil. Cansado y frustrado, finalmente se detuvo a pedir indicaciones. El anciano que encontró lo escuchó atentamente y le dijo: “Has recorrido mucho, pero no en la dirección correcta. Si quieres llegar adonde esperas, primero debes regresar.” Aunque fue difícil retroceder, el viajero lo hizo y pronto se encontró nuevamente en el camino correcto.

La Cuaresma nos recuerda que nuestra vida espiritual puede desarrollarse de manera similar. Sin darnos cuenta, podemos dejar que la prisa, las preocupaciones o incluso buenas intenciones nos alejen de lo que realmente da sentido y dirección a nuestra vida. Las lecturas de hoy nos llaman a detenernos, reflexionar y regresar. Por medio del

profeta Oseas, Dios invita a su pueblo a volver a Él, prometiendo sanación y vida nueva. En el Evangelio, Jesús nos muestra la esencia de la voluntad de Dios: amar al Señor con todo nuestro corazón, alma, mente y fuerzas, y dejar que ese amor guíe nuestra vida con los demás.

Al comenzar esta Eucaristía, abramos nuestros corazones a la misericordia de Dios y permitamos que Él reordene nuestras prioridades, para que nuestro camino vuelva a estar guiado por el amor: el amor a Dios sobre todas las cosas y el amor al prójimo que de él surge.

ACTO PENITENCIAL

Al recorrer este tiempo de Cuaresma, reconozcamos ante Dios que a menudo perdemos nuestras prioridades y no amamos como deberíamos.

Señor Jesucristo, nos llamas a amar a Dios con todo nuestro corazón. **Señor, ten piedad.**

Cristo Jesús, nos enseñas a amar al prójimo como a nosotros mismos. **Cristo, ten piedad.**

Señor Jesucristo, sanas nuestros corazones divididos y nos conduces de regreso al Padre. **Señor, ten piedad.**

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que el Dios de misericordia,
que nos llama a alejarnos de todo lo que nos distrae y divide,
nos perdone nuestros pecados,
restaure nuestro corazón a lo que verdaderamente importa
y nos conduzca a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Dios misericordioso, nos pides volver a Ti con todo nuestro corazón
y expresar nuestro amor por Ti amando al prójimo.
Purifica nuestras intenciones,
ordena nuestros deseos según tu voluntad
y ayúdanos a caminar fielmente en el camino de tus mandamientos.
Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo,
Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA: Prioridades del amor

Había un hombre que pasaba años coleccionando relojes antiguos. Cada pieza era especial para él: conocía su historia, su valor y cada detalle de su mecanismo. Su casa estaba llena de vitrinas cuidadosamente ordenadas. Un día, un amigo le preguntó: “Con todos estos relojes, ¿alguna vez te tomas tiempo para disfrutar de la hora que marcan?” El hombre se quedó en silencio. Se dio cuenta de que en su afán por coleccionarlos, cuidar y catalogarlos, había perdido la alegría de vivir el presente. Lo que debía ayudarle a apreciar el tiempo se había convertido en un fin en sí mismo.

El Evangelio de hoy nos presenta una preocupación similar. Un escriba, experto en la Ley de Moisés, pregunta a Jesús cuál es el primer mandamiento. No es una cuestión académica, sino un deseo sincero de claridad en medio de tantas normas y obligaciones.

Jesús responde con una verdad sencilla pero profunda. Comienza con la confesión central de la fe de Israel: “El Señor nuestro Dios es el único Señor.” La fe comienza en

la relación con Dios, no en el cumplimiento de reglas. De esa relación brota el mandamiento más grande: amar a Dios con todo nuestro corazón, alma, mente y fuerzas, con todo lo que somos.

Luego Jesús añade un segundo mandamiento: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo.” No es un complemento opcional; va junto al primero. Amar a Dios y amar al prójimo son inseparables. Cuando Dios está en el centro, nuestro amor se purifica, se ensancha y se fortalece. Sin esa base, incluso las buenas obras pueden volverse vacías o agotadoras.

En la vida diaria, es fácil perder la perspectiva. Nos ocupamos de responsabilidades, buscamos éxito, nos involucramos en actividades buenas y en la Iglesia. Todo esto no es malo, pero podemos ir perdiendo el tiempo con Dios mientras hacemos muchas cosas “para Dios”. Jesús nos invita a reordenar: primero amar a Dios, y de ese amor brota todo lo demás.

El amor de Dios se vive en lo ordinario: escuchar sin juzgar, perdonar cuando cuesta, actuar con bondad en

silencio, acompañar a los que nadie nota. Cuando estamos arraigados en su amor, nos convertimos en canales que llevan esperanza, alivio y luz a los demás.

Aprendamos a priorizar bien: primero amar a Dios con todo lo que somos, y luego amar al prójimo. Así descubrimos lo que realmente importa y nos acercamos al corazón del Reino de Dios.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oremos, hermanos, para que este sacrificio no solo ofrezca pan y vino, sino también corazones dispuestos a amar a Dios sobre todas las cosas y a servir generosamente a los demás.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios, recibe estos dones que te presentamos y transforma nuestra vida según el amor que deseas. Que este sacrificio nos acerque a Ti y nos convierta en signos de tu compasión en el mundo. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, nuestro deber y salvación, siempre y en todo lugar darte gracias, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Tú llamas a tu pueblo cuando se aparta de tu camino y nos enseñas que el amor a Ti es fuente y cumbre de todo verdadero amor.

En tu Hijo, Jesús, nos muestras la perfecta armonía entre la devoción a Ti y la compasión por el prójimo.

Durante esta santa Cuaresma, purifica nuestros corazones,

reordena nuestras prioridades

y guíanos hacia lo que verdaderamente da vida.

Por eso, con los Ángeles y Arcángeles,

con Tronos y Dominaciones,

y con todos los ejércitos celestiales,

cantamos tu gloria sin cesar,

aclamando: Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

A ejemplo de nuestro Salvador y guiados por su enseñanza, recemos al Padre con corazones renovados por el amor.

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todo mal,
especialmente de todo lo que nos distrae de amarte sobre todas las cosas.

Concédenos paz en nuestros días, para que, con tu misericordia, estemos libres del pecado y seguros en la esperanza mientras aguardamos la venida de nuestro Salvador, Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,
nos enseñaste que el verdadero amor trae armonía y paz.
No mires nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia,
y concédele paz y unidad según tu voluntad,
que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

He aquí el Cordero de Dios,
el que quita el pecado del mundo.

Dichosos los invitados a la cena del Cordero.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Habiendo recibido el Cuerpo y la Sangre de Cristo,
guardamos un momento de silencio.

Aquel que nos manda amar a Dios y al prójimo
vive ahora dentro de nosotros.

Que su presencia reordene nuestros corazones,
para que nuestro amor sea concreto, generoso y fiel en la vida diaria.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Dios, nos has alimentado con el Pan de vida.
Que este sacramento fortalezca nuestro amor por Ti
e inspire nuestro servicio a los demás con sinceridad y alegría. Permanezcamos fieles a lo que verdaderamente importa mientras caminamos hacia tu Reino.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor te bendiga
y enseñe a tu corazón lo que verdaderamente importa.
Amén.
Que te ayude a amarlo con todo tu ser
y a reconocer su presencia en quienes encuentres. Amén.
Y que Dios todopoderoso te bendiga,
el Padre, ✠ el Hijo y el Espíritu Santo. Amén.

DESPEDIDA

Vayan en paz, amando a Dios sobre todas las cosas
y sirviendo con alegría a su prójimo.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Cuando el amor a Dios viene primero,
todo lo demás encuentra su lugar.
Deja que tu amor por Él guíe la manera
en que ves, hablas y cuidas a los demás esta semana.

Sábado de la 3.^a Semana de Cuaresma – 14.03.2026

Oseas 5,15–6,6; Lucas 18,9–14

INTRODUCCIÓN

Hay una historia antigua sobre una pequeña iglesia rural que mantenía sus puertas abiertas desde la mañana hasta la tarde. A lo largo del día, la gente entraba y salía silenciosamente. Una tarde, un hombre bien vestido y seguro de sí mismo entró. Se arrodilló brevemente, dijo algunas oraciones cuidadosamente elegidas, miró alrededor y se fue, satisfecho de haber cumplido con su deber. Más tarde, ese mismo día, otro hombre entró sin ser notado. Permaneció en la parte trasera, con la cabeza inclinada, las manos apretadas, luchando incluso por encontrar las palabras correctas. Se quedó mucho tiempo, murmurando una oración entre lágrimas. Un sacristán que estaba observando más tarde dijo: “Un hombre visitó la iglesia; el otro se encontró con Dios”.

Esta sencilla observación nos plantea una pregunta importante: ¿cómo nos presentamos ante Dios cuando venimos a orar? ¿Venimos mostrando nuestros logros,

nuestra bondad y nuestros esfuerzos, o venimos llevando nuestra necesidad, nuestra debilidad y nuestra esperanza en la misericordia? La Cuaresma nos invita a este examen sincero de nosotros mismos. Nos llama a alejarnos de las apariencias y de la religión superficial, y nos conduce de nuevo a la verdad del corazón.

Las lecturas de hoy hablan directamente a esta cuestión. A través del profeta Oseas, Dios nos recuerda que lo que más desea es el amor, la fidelidad y una relación auténtica, no un sacrificio vacío. En el Evangelio, Jesús nos muestra dos formas muy distintas de orar: una marcada por el orgullo y la comparación, y otra por la humildad y la confianza. Al comenzar esta celebración eucarística, pongámonos ante el Señor tal como somos, confiando en que su misericordia es mayor que nuestra debilidad y que su deseo siempre es sanar y restaurar.

ACTO PENITENCIAL

Hermanos y hermanas, el Señor no nos pide justificarnos, sino volver a Él con corazones humildes y arrepentidos. Conscientes de nuestros pecados y confiados en la

compasión de Dios, reconozcamos nuestra necesidad de misericordia y preparemos nuestro corazón para celebrar estos sagrados misterios.

Señor Jesucristo, viniste a buscar a los perdidos y a llamar a los pecadores al arrepentimiento. **Señor, ten piedad.**

Acoges a los humildes y elevas a los que confían en ti.

Cristo, ten piedad.

Sanas nuestras heridas y nos conduces de nuevo al abrazo del Padre. **Señor, ten piedad.**

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso, rico en misericordia y lento para la ira, mire con compasión nuestra debilidad. Que nos perdone nuestros pecados, sane lo que está herido en nuestro interior, nos restaure en la paz y nos conduzca a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Dios misericordioso, mientras caminamos por estos días santos de penitencia, nos llamas una y otra vez a volver a ti. Enséñanos a acercarnos a ti con corazones humildes y sinceros, a no confiar en nuestra propia justicia sino en tu

misericordia, y a vivir ya desde el misterio de la Pascua. Renuévanos con tu gracia, para que nuestra vida refleje tu amor y fidelidad. Te lo pedimos por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo, Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA: La Oración del Corazón Humilde

Recuerdo una historia diferente sobre un pequeño pueblo donde dos vecinos decidieron ayudar a la iglesia local durante la Cuaresma. Uno dedicaba su tiempo contando todas las buenas obras que hacía, sintiéndose orgulloso de su generosidad y devoción. El otro, hombre sencillo y humilde, apenas tenía fuerzas para participar, pero ofrecía todo lo que podía con corazón sincero. Al final, fue el hombre humilde quien experimentó la verdadera paz y alegría de estar en comunión con Dios, mientras el otro se quedó con la satisfacción superficial de sus propios logros. Esta historia refleja lo que escuchamos en las lecturas de hoy. Oseas nos recuerda: “Lo que yo quiero es amor, y no sacrificios; conocimiento de Dios, y no holocaustos” (Os 6,6). Dios no nos pide exhibir nuestros éxitos ni contar

nuestras virtudes. Lo que Él quiere es un corazón abierto, honesto y consciente de su necesidad de misericordia. Como el recaudador de impuestos en el Evangelio, venimos con las manos vacías, o tal vez llenas de errores, y somos recibidos por el amor inquebrantable de Dios. El fariseo de la parábola representa una realidad que todos enfrentamos. Rezaba enumerando sus virtudes y comparándose con los demás. Así mostraba un corazón cerrado a Dios y al prójimo. El orgullo y la comparación pueden infiltrarse en nuestra vida silenciosamente, haciéndonos sentir moralmente superiores o alegrándonos de los errores de otros, lo cual nos aleja de Dios. Por otro lado, el recaudador reconoció sus fallas y pidió humildemente misericordia. En ese acto humilde, nos enseña el camino de la oración auténtica y de la reconciliación verdadera con Dios.

Las palabras de Oseas resuenan con esta verdad: cuando volvemos a Dios, Él sana nuestras heridas y nos da vida. “Después de dos días nos dará vida, al tercer día nos resucitará y viviremos a su vista” (Os 6,2). La misericordia

de Dios no se gana; se recibe. Nuestra tarea es buscarlo, volvernos a Él, reconocer nuestra pobreza espiritual y confiarnos a su amor. Al hacerlo, nos abrimos a la transformación, la humildad, la gratitud y la profunda paz de ser conocidos y amados plenamente.

Que nuestra oración, ya sea de acción de gracias o de súplica, brote del corazón. Una oración llena de orgullo, aunque sea correcta en la forma, puede separarnos de Dios. Una oración de humildad genuina, aunque breve y sencilla, nos acerca a Él. La oración del recaudador, “Dios, ten misericordia de mí, pecador”, nos recuerda que no nos acercamos a Dios como jueces, sino como hijos necesitados del amor de un Padre.

Acercémonos, entonces, a Dios con el corazón del recaudador. Reconozcamos nuestra necesidad, evitemos juzgar a los demás y abramos nuestro corazón a su misericordia, que restaura, sana y da vida. Amén.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Conscientes del Evangelio que hemos escuchado y de nuestra necesidad de misericordia, llevemos ahora ante el Señor los dones del pan y del vino. Como el recaudador, no confiamos en nosotros mismos, sino que ponemos nuestra esperanza en el amor generoso y sanador de Dios.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor misericordioso, recibe estos dones que ponemos sobre tu altar. Así como este pan y vino se consagran para tu servicio, purifica también nuestros corazones del orgullo y de la autosuficiencia. Haznos un pueblo que te adore con humildad y verdad, y que este sacrificio nos acerque cada vez más a tu misericordia. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, nuestro deber y salvación, darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Porque no te deleitas en el sacrificio externo sin amor, ni en las palabras sin sinceridad de corazón. En tu misericordia, miras a quienes te buscan, elevas a los humildes y acoge al pecador que vuelve confiado. Sanas las heridas de tu pueblo y lo restauras a la vida, no por su mérito, sino por tu amor fiel.

En este tiempo de Cuaresma, nos llamas a alejarnos del orgullo y de la justificación propia, invitándonos a una relación más profunda contigo. Nos enseñas que la verdadera adoración se encuentra en la humildad, la verdadera oración en la sinceridad y la verdadera santidad en la confianza. Por eso, con corazones agradecidos, y junto a los ángeles y santos que se alegran de tu misericordia, proclamamos tu gloria y cantamos:

Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Reunidos como hijos que confían en el amor del Padre, conscientes de nuestra necesidad diaria de perdón y gracia, recemos con confianza la oración que nuestro Salvador nos enseñó:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todo mal. Libera nuestro corazón del orgullo, la comparación y la autosuficiencia, y concédenos la humildad que nos abre a tu misericordia. Danos la paz en nuestros días y ayúdanos a esperar con alegría la venida de nuestro Salvador, Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, dijiste a tus apóstoles: La paz os dejo, mi paz os doy. No mires nuestros pecados, sino la fe y humildad de tu pueblo que anhela volver a ti. Concédenos la paz que brota del perdón, la paz que sana los corazones rotos y restaura la comunión, porque vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

He aquí el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo. Bienaventurados los que se acercan a Él no confiando en su propia justicia, sino plenamente en su misericordia y amor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

En el silencio de este momento, dejemos que el Señor que hemos recibido hable a nuestro corazón. Como el recaudador, necesitamos solo una oración simple: “Dios, ten misericordia de mí, pecador”. Que esta Eucaristía nos asegure que somos conocidos, perdonados y amados, y que salgamos renovados en humildad, gratitud y paz.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Dios misericordioso, nos has alimentado con el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo, un don de sanación y reconciliación. Por este sacramento, fortalécenos para caminar humildemente ante ti, confiar siempre en tu misericordia y reflejar tu compasión en nuestras palabras y acciones. Te lo pedimos por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que Dios, que nunca rechaza un corazón humilde, los bendiga con la gracia del arrepentimiento y la renovación. Que Cristo los levante cuando caigan y les enseñe el camino de la misericordia. Y que el Espíritu Santo los guíe en la oración, la humildad y el amor. Y que Dios todopoderoso los bendiga, ✠ el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Amén.

DESPEDIDA

Vayan en paz, glorificando al Señor con vidas de humildad, misericordia y oración sincera.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Dios no nos pide impresionarlo. Nos pide confiar en Él. Cada día, pónganse ante el Señor con un corazón humilde, confiando en que la misericordia siempre es mayor que nuestra debilidad.